

FLAGELACIÓN, CORONACIÓN Y ECCE HOMO

2026

Contemplación (día 43)

Queridos ejercitantes, para esta Meditación vamos a considerar lo que es la Flagelación de Nuestro Señor Jesucristo, la Coronación de Espinas y el Ecce Homo. Tres Meditaciones o tres aspectos, tres partes de la Pasión de Nuestro Señor bastante conocidas. Las dos primeras van a ser la consideración más bien rápida, para ir sobre todo a la tercera, al Ecce Homo.

Petición:

Para esta Meditación, por supuesto demandar lo que quiero. Lo propio de esta Meditación, de esta Semana de los Ejercicios Espirituales en la que se medita la Pasión de nuestro Señor, es:

[203] *3º preámbulo. El tercero es demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Christo pasó por mí.*

Hemos considerado anteriormente cómo nuestro Señor Jesucristo va hacia la Pasión, es decir, cómo Él se mueve hacia la Cruz... Ahora, en esta Meditación podríamos decir que a partir de ahora ya entramos de lleno en lo que Nuestro Señor se deja hacer por nuestra redención, lo que Él acepta sufrir; por eso se llama Pasión porque padece, acepta el sufrimiento... Y continúa con esto, esa predicación silenciosa que implica toda esta semana. Tiene poder para detener todo esto y sin embargo no lo hace, decide no hacerlo, porque conoce perfectamente los beneficios que se van a seguir de este Sacrificio, de esta entrega.

Nuestra actitud es la de una reverencia que ha de ser dolorosa, porque «**por mis pecados es que va el Señor a la Pasión**» [193]. Y ahora en esta Meditación nosotros tampoco vamos a hacer nada en el sentido de intervenir, porque ahora **nos toca contemplar para traducir después todas nuestras consideraciones en propósitos de conversión**. Pero para hacer esos propósitos, para forjarlos, es que son estas Meditaciones, es contemplar a Nuestro Señor Jesucristo en lo que está haciendo, lo que **está padeciendo por mí**. Ahí forjamos todo en propósito, ahí forjamos el inicio de nuestra santidad, forjamos los medios eficaces.

Por eso es que es tan importante **pedir la gracia de aprender a contemplar**, hacer toda la composición del lugar. Por gracia de Dios para la Pasión tenemos grandes textos, hay tantos Evangelios por supuesto, hay descripciones.

Estos episodios los podemos hacer muy gráficos, podemos realmente hacer toda esa aplicación de sentido. Entonces vayamos a los Evangelios, por supuesto que es lo principal. Entonces en nuestra actitud hemos dicho una reverencia dolorosa.

Debemos observar, debemos tomar un lugar, como venimos haciendo, y observar con atención. En las disposiciones más íntimas del Corazón de Jesús, ahí tenemos que tratar de poner nuestros ojos. En la entrada de su Pasión yo ocupé un lugar central, porque Jesucristo piensa en mí, padece o quiere padecer por mí, se entrega por mí. Él no va para reparar faltas propias porque es inocente; absolutamente inocente, puro. Él va para reparar nuestras faltas, para abrir las puertas del Cielo del cual Él es dueño y Señor. Va a abrir las puertas para nosotros. Nosotros somos los grandes beneficiarios de la Pasión del Señor.

Aprovechar entonces para mirar la Pasión no como algo externo, sino tener una parte realmente, tomar un lugar en este Sacrificio del Señor.

La Pasión por eso se dice que **es algo mío**; Jesucristo como hemos dicho **padece por mí**, y nosotros **somos la causa**, la razón, porque nuestros pecados hicieron necesaria la Pasión. Todo va ordenado; entonces, todo esto que empezamos a contemplar va ordenado a mi salvación personal.

Debo tener los sentimientos del Corazón de Cristo, encarnarlos. San Alberto Hurtado, hablando acerca del Corazón de Jesús, dice:

Hay un Dios que es amor. Un Dios que cuando ha querido escoger un símbolo para representar el mensaje más sentido de su alma, ha escogido el corazón porque simboliza el amor, el amor hacia ellos, los hombres de esta tierra. Un amor que no es un vano sentimentalismo, sino un sacrificio recio, duro, que no se detuvo ante las ignominias de las espinas que habían de coronar su frente, los azotes que debían arar sus espaldas, la cruz en la que debía agonizar en penoso martirio y en ella expirar por puro amor.

Eso es lo importante de estas meditaciones. Sí, nos tiene que conmover, por supuesto, todo ese sufrimiento externo, pero siempre yendo una y otra vez al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, adentrarnos en esas razones. Es el amor de Él el que lo mueve a hacer todo esto por nosotros, y eso nos tiene que llevar a la correspondencia. Debemos imitar a Nuestro Señor también en la intensidad con la cual Él busca su Pasión; es decir, busca lo necesario para la salvación.

Toda la vida de Jesús va en esta dirección, en la dirección a su Hora con mayúscula, en dirección a la Pasión, Pasión que Él toma, como hemos dicho, voluntariamente en el sentido de padecer y en el sentido de estar afectado fuertemente por algo. Decimos a veces que algo nos apasiona; bueno, Nuestro Señor Jesucristo en la Última Cena dice: *«Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros»*. (Lc 22, 15). Es decir, los dos sentidos, en cuanto que padece, sufre algo, pero en cuanto que está como enardecido, está apasionado de amor para poder redimirnos.

San Juan de Ávila dice:

Mucho más amó de lo que sufrió, mucho más amor le quedaba encerrado en las entrañas de lo que mostró por fuera en sus Llagas.

¡Qué bien entienden esto los Santos!

LA FLAGELACIÓN

Para considerar la Flagelación, que va a ser algo más breve, quería leer un poco —un párrafo realmente, no es mucho— a cerca un estudio sobre la Sábana Santa, la figura de Nuestro Señor, las heridas; esto es parte de un estudio más extenso por supuesto. Dice así el autor:

Los ejecutores del castigo eran expertos con un conocimiento, una crueldad y maestría absoluta....

Es decir, que ellos sabían bien lo que hacían. Y para hacer ese oficio tan terrible de flagelar a una persona, podríamos decir que la compasión de estos ejecutores, de estos verdugos, estaba como cauterizada. No cualquiera podría hacer eso. Quizás para nosotros resultaría muy difícil si nos dijeran que hay que ir a flagelar a alguien. Acá todo eso estaba como cauterizado, como todo frío. Había que ser muy frío realmente para hacer esto, para azotar a una persona hasta casi hacerla morir. Y aparte eso implica un ingenio malicioso, herirlo lo más posible pero que no se muera, porque tenía que llegar a la Cruz todavía. ¡Es terrible esta flagelación! Entonces, compasión como cauterizada la de estos corazones. Sigue diciendo el autor:

...consumando el hecho casi milimétricamente a lo largo de todo el cuerpo, región glútea, piernas, pecho, vientre, sin dejar apenas espacio entre golpe y golpe, sobre todo en la espalda. Sólo se ha perdonado un sitio, la zona del pecho que cae sobre el corazón.

Y esto por supuesto porque querían evitar la muerte, como hemos dicho, para que llegara hasta la Crucifixión.

Pensemos esto tan terrible, de cómo probablemente iban buscando las partes que todavía no estaban ensangrentadas. A medida que iban golpeando, iban viendo dónde todavía no había una llaga. Y entonces imaginemos ese terrible proceso en el que el condenado, el flagelado, que es Nuestro Señor ahora en concreto, va cambiando de color, se va tiñendo de sangre; y donde todavía no hay sangre, ahí se golpea, ahí se destruye. ¡Una cosa terrible, perversa!

Como comentamos antes, se aprecian las claras marcas del instrumento típico utilizado por los romanos para flagelar a un reo, «el Flagrum taxillatum o Flagellum Taxillatum, de tres ramales», este tipo de flagelador es muy especial y el más contundente de todos, era tremendamente lacerante. Además de realizar su trabajo que era abrir la carne [porque recordemos que esto era una tortura, no era un mero castigo, así como una especie de reprimenda, ¡era una tortura!] como en cada una de las puntas de las cintas tenían los mencionados bolos metálicos [unas pelotitas de hierro] unidos por un alambre _de unos doce milímetros_ con unos pinchitos, en cada latigazo pinchaba y rasgaba la piel [Algunos dicen que quizás hasta pedazos de hueso le ponían, lo que más dañara] haciendo una carnicería y dejando el cuerpo del reo, hecho una llaga, en carne viva.

Pues bien, se han contado más de seiscientas contusiones y cicatrices pertenecientes a unos ciento veinte azotes, pero sospechamos que fueron «algunos» más.

Otra vez, ¡cómo Nuestro Señor Jesucristo por eso es que después sale completamente irreconocible! Ya no es el mismo Jesús. Imaginemos el espanto que habrá sido para los que

lo vieron cuando Él sale todo azotado y encima así es exhibido como si fuera una cosa, un objeto, algo para la atracción de los demás.

Realmente entonces, la flagelación tenía por objeto destrozarse a la persona.

LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Una breve consideración acerca de la coronación de espinas. Otra vez, esto lo recordamos porque es importante, hay que hacer la composición del lugar, tratar de imaginar las palabras que se decían, las burlas durante la flagelación. Ahora en la corona de espinas. Sabemos que en concreto se burlan de Nuestro Señor, lo quieren humillar, lo quieren rebajar y le ponen una corona de espinas signo del Reinado de Jesucristo en el mundo de hoy, podríamos decir.

San Agustín comentando en «La Pasión» dice:

Así se cumplía lo que Cristo había dicho de sí mismo. Así los mártires, [al ver La Pasión del Señor], aprendían a sobrellevar todo lo que sus perseguidores quisieron hacer en ellos. Así el reino, que no era de este mundo, triunfaba del mundo soberbio no luchando violentamente, sino sufriendo con humildad.

Pensemos, por ejemplo, en esta coronación burlona, en lo terrible del padecimiento, en las espinas.

Acá en Jerusalén es muy común que uno compre esta corona de espinas para llevar como de recuerdo, y un solo pinchazo realmente es terrible, es muy doloroso; y en la parte del cuero cabelludo duele de una manera particular; esto de verdad que daña bastante. Pero también hay que pensar que se dice que la corona de espinas de Nuestro Señor Jesucristo no era así; eran unas espinas —no recuerdo ahora el nombre concreto de la planta— que son más chiquitas todavía, son más hirientes, es como que penetran más. Estas dentro de todo son más o menos gruesas; pero además se dice que era más bien como una especie de casco, y que se lo tienen que haber puesto a la fuerza por eso, cuando dicen que golpeaban a Nuestro Señor, quizás con esas mismas varas era con las que le hicieron presión para poder ponerle la corona. ¡Terrible para todo ese sufrimiento!

Entonces pensemos cómo esa figura de espinas tan terrible se vuelve figura de lo que es el Reinado de Nuestro Señor. Al menos ya pone una distinción, Su Reinado es diferente, su Corona también ha sido diferente, ahora no de gloria, ahora de espinas, después será gloriosa.

Entonces el Reinado de Nuestro Señor Jesucristo, como decimos, no es como el de este mundo, y en esta corona de espinas nos manifiesta que para reinar con Él debemos aprender a coronarnos también con Él en esta vida. Muchas veces en esta vida nuestra corona va a ser de padecimientos. Bendito sea Dios si nos concede esa gracia y sobre todo la de llevarla como Nuestro Señor.

Un fragmento de un poema de Lope de Vega¹ titulado «La corona de espinas», dice así:

... los hombres, Señor, os ciegan,

¹ LOPE DE VEGA, *La Pasión de Cristo*, «Romance IV, La corona de espinas».

Que piensan que sus delitos
No verá quien, siendo Dios,
Ve los pensamientos mismos.

Para daros bofetones,
El hombre os hace adivino,
Pues dice que adivinéis
Las manos que os han herido.

Yo he sido, dulce Jesús:
Yo he sido, dulce bien mío,
Quien en vos puso las manos
Con mis locos desatinos.

Yo soy por quien os arrancan
Esos cabellos benditos,
Que diera el Cielo por ellos
Todos sus diamantes ricos...

Es como una meditación puesta en verso. Nosotros somos la razón de todos estos padecimientos.

ECCE HOMO: LA HIPOCRESÍA DE PILATOS

Es decir, cuando Nuestro Señor Jesucristo, después de la flagelación, después de la corona de espinas y las burlas o los insultos, las blasfemias, después de toda su humillación, que parecía como que ya no puede haber más, sin embargo, hay algo más.

Ahora Pilato viene y lo presenta así, es decir, todo irreconocible, todo llagado, delante de los demás en el Pretorio. Y esa famosa frase «Ecce Homo», «He aquí el hombre»². Muy poco tiempo atrás Jesucristo reconocido por sus discípulos, por San Pedro, como Hijo de Dios³, reconociendo esa Divinidad, reconociendo que era el Mesías; y ahora Ecce Homo.

En la Meditación anterior, que me tocó predicar a mí al menos, fue la Entrada Triunfal a Jerusalén. ¡Qué contraste! Ahora sí nos encontramos ante ese contraste terrible. Jesucristo primero entró entre una multitud que lo aclamaba: «¡Hosanna! ¡Hijo de David! ¡Mesías, Rey!». Y ahora lo presentan ante la multitud hecho una llaga, como un ladrón, como un criminal, todo herido; y ya no están las aclamaciones, nadie lo defiende.

En esta Meditación una consideración que puede ayudar es la hipocresía de Pilato.

San Juan Crisóstomo dice:

A fin, pues, de que a la vista de lo que los soldados habían hecho aplacaran su encono, les presentó a Jesús coronado. Por lo que sigue, «salió fuera Pilato otra vez y les dijo: He aquí, que os lo presento de nuevo para que conozcáis que no hallo ningún delito en Él».

¡Hipócrita! No halla ningún delito ¡y sin embargo lo castiga! quizás por temor, por respeto humano.

² Jn 19, 5.

³ Mt 16, 16.

San Agustín dice:

Esto prueba que Pilato no ignoraba lo que habían hecho los soldados, y que, si no lo había mandado, lo había permitido por la razón antes indicada, de que saciándose a su satisfacción sus enemigos con sus oprobios, desistieran de pedir su muerte.

Y acá otra vez está esa hipocresía, ese doblez. Parece como querer aparentar un acto de misericordia y compasión. «Lo azoté para que lo vean y se compadezcan», pero está diciendo que es inocente. Una actitud muy propia del hombre. Un peligro para nosotros reconocer que Nuestro Señor Jesucristo es inocente y sin embargo castigarlo con nuestros pecados, con nuestro incumplimiento de los propósitos, de nuestras promesas.

PILATOS SE LAVA LAS MANOS: EL PRIMER ERROR⁴

La actitud de Pilato, el gran gesto por el cual él pasó a la historia, es el hecho de lavarse las manos. A partir de aquí quería compartir algunas consideraciones:

Jesucristo, Nuestro Señor, delante humillado; y Pilato que se lava las manos, quiere desentenderse del Señor.

Ese es el peligro que nosotros seguimos cometiendo, como desentendernos de la Pasión, desentendernos del Señor al menos a veces.

En la existencia de cada uno de nosotros, capaces de discernir el bien y el mal, de asumir responsabilidades y de cumplir nuestras obligaciones, nosotros siempre tomamos contacto con aquellas cosas que podemos llamar «negociables» e «innegociables». [Hay cosas que se pueden negociar, pero otras que no], y esto forma parte de lo normal [es parte de nuestra vida]; así, por ejemplo, puedo negociar el precio de algo que deseo vender o comprar, un lugar para ir a pasear, o alguna posible alianza. Pero también es cierto que otras cosas [como hemos dicho] que no admiten negociación alguna, [«Hay cosas con las que no se juega», así solemos decir] como, el decidir la vida o la muerte de un niño por nacer [jeso no es negociable!] o darle al error los derechos que le competen sólo a la verdad. [¡cuántas veces por respeto humano! «No, es que hay que respetar la opinión del otro»... ¡Sí, hay que respetar la opinión, pero hay que respetar el error!: el error puede corromper, puede perder un alma.]

Pues bien, el primer error en el juicio de Pilato lo encontramos en este ámbito, ya que él se atrevió a «negociar lo innegociable» que es la vida de Jesucristo, la Vida del Hijo de Dios [ya la vida de cualquier inocente, pero más todavía ahora, Nuestro Señor Jesucristo. Entonces se atrevió a negociar lo innegociable]. Pilato sabía bien que a Jesús *se lo habían entregado por envidia*, [dice uno de los Evangelistas⁵], de hecho, él mismo afirma no haberle encontrado culpa alguna y, sin embargo decide absurdamente [maliciosamente] **negociar** la liberación de quien él ya había declarado inocente. [«No encuentro culpa alguna, pero vamos a negociar». Y ahí va a aparecer luego la figura de Barrabás, como poniéndolo a la par del Señor, haciendo que Nuestro Señor Jesucristo sea una opción más, o sea la otra opción, ¡al lado de la impiedad! ¡Cuánto sufría esto Nuestro Señor Jesucristo! Él se sabía inocente, sabía perfectamente de su Inocencia. Y lo ponen como uno más].

Es aquí donde nosotros debemos preguntarnos ¿cuál es el motivo de esta actitud? para responder con total sinceridad que hay una «causa aparente» pero embustera, que es la que a

⁴ P. JASON JORQUERA, <https://vozcatolica.com/monasterio-de-la-sagrada-familia/lavarse-las-manos/>

⁵ cf. Mt 27, 18; cf. Mc 15,10.

veces pretenden transmitirnos, como queriendo aminorar la responsabilidad de Pilato que, por desatinado que parezca, es como querer transmitir un «acto de bondad» porque Pilato, «queriendo ayudar a Jesús de las garras de sus falsos acusadores, busca la manera de liberarlo»; y se pone a regatear la libertad de Él, del que él ya había declarado inocente, del que había sido condenado por la ceguera de los corazones obstinados. [Esa es una causa irreal, aparente; pero es falsa, embustera, engañosa].

La «causa real» de dicho comportamiento, lo sabemos, no fue la supuesta bondad de Pilato, sino **la cobardía**, cuyo eco malicioso llega hasta nuestros días, hasta esa actitud tan peligrosa y tristemente tan actual, de «querer quedar bien con los demás» [como de no querer ofender a nadie. No es que queramos ofender a nadie, pero a veces, a veces la verdad va a ofender a los débiles, a los que no la comprendan. Otra vez: no le podemos dar al error los derechos que le corresponden a la verdad. Jesucristo en esto fue muy claro, Él predicó la verdad hasta estas consecuencias, estamos en el proceso de la Pasión, ¡y nunca se acobardó! A veces hay que pagar un precio por la verdad; a veces de parte de los hombres puede ser terrible, pero eso no importa. Después vendrá la recompensa de parte de Dios].

(...) esa actitud, como querer quedar bien con todos, es decir, no asumir la responsabilidad que implica dejar descontentos a algunos, y en este caso a ¡los injustos! [Jesucristo está viendo la injusticia, guarda silencio porque es lo que ha decidido para redimirnos, para salvarnos: padecer, pero eso no quita la injusticia].

El gesto infame

Hemos dicho anteriormente que el gesto de *lavarse las manos*, quiere significar ese desentenderse de un asunto que por fuerza nos compete, que nos involucran [y no podemos lavarnos las manos], y por tanto se convierte automáticamente en deplorable. [Hoy en día, más que nunca, no podemos lavarnos las manos de Nuestro Señor Jesucristo, ¡desentenderse de Él!]

No podemos **desentendernos de la propia conciencia**: eso es el pecado. [Acá hay una figura de esto: «Me desentendiendo de la conciencia, me lavo las manos. Esto es injusto, sé que es injusto, sé que está mal, sé que esto es pecado; pero bueno, allá Él»: no defender la verdad, no defender lo correcto.]

El juez debe juzgar y punto [es lo que le corresponde], debe buscar hacer justicia haciendo relucir la verdad. En cambio, Pilato apostató de su oficio menospreciando la Vida de Jesús, que en ese momento se arroga de manera perfecta el título de «Cordero de Dios», [Cordero Silencioso] al asumir silencioso la triste consecuencia de este cobarde **desentenderse** de hacer lo correcto. [Ya lo hemos dicho antes, pero lo repito, realmente es porque nos ayuda mucho: cómo Nuestro Señor Jesucristo, como en este caso silencioso, aun así nos sigue predicando con el hecho de estar ahí perseverando en sus dolores hacia la Cruz, porque sabe que con eso nos va a redimir.]

Un «desentenderse solapado»

Entonces, va a venir esa negociación terrible por supuesto, como si Nuestro Señor Jesucristo fuese equiparable a Barrabás. Un desentenderse entonces solapado, escondido. Esto como hemos dicho es cobardía.

Ahora tenemos que aplicárnoslo a nosotros mismos. Dentro de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, ¿cuál es el rol que a mí me corresponde? Ahora, mirando esto, porque de

alguna manera sabemos que todos estuvimos presentes, hay que buscar quizás en qué parte, en qué lugar, quizás si estuvimos alguna vez como en el Pretorio, en silencio, callados, sin defenderle, sin abogar por Él, por la Verdad, por lo correcto, por defender nuestra fe. Ahora hay que forjar esos propósitos para cambiar eso, corregirlo.

Si alguna vez fui de los que lo golpearon con los flagelos, si alguna vez yo lo coroné de espinas, si alguna vez yo lo abandoné cobardemente, si fui de esas multitudes que lo aclamaron, pero ahora en el Pretorio «ya no está».

¿Cuál es el rol que he tenido? Eso me tiene que mover a la compunción. Y ahora, ¿cuál es el rol que debo tener? Eso me tiene que mover a la conversión, a la acción, a la santificación.

Volviendo al Pretorio, Jesucristo está sufriendo como nadie. Ya comenzó en su Corazón el camino hacia el Calvario. Ya porta en su Alma los clavos y las espinas. Un beso traicionero y un abandono inmensurable. Fue despojado de sus vestiduras, pero antes fue despojado de sus amigos, de sus cercanos. ¡Sufre terriblemente! Y nuestros pecados lo despojaron de nosotros, por quienes está padeciendo todo esto.

Contemplando la injusticia del Pretorio, convencámonos de la locura que es lavarse las manos cuando la invitación del Redentor es a empaparnos con su Sangre, que es la única opción salvífica en todo este escenario. No podemos desentendernos de Nuestro Señor Jesucristo.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Terminar con un coloquio, dejar atrás ahora sí el silencio de la Contemplación para dar lugar a las palabras de nuestro corazón. Para eso está el coloquio. Contemplamos para llegar a este punto.

Hablarle a Nuestro Señor sobre lo que hemos contemplado, sobre lo que hemos aprendido y sobre lo que haremos desde ahora en adelante. Poner en sus Manos heridas de amor todos nuestros nuevos propósitos, pedirle luces, pedirle que confirme nuestros propósitos, o los corrija o los destruya si es que no es para su Gloria.

En fin, en el coloquio pedirle que nos muestre su Divina Voluntad, y que nosotros seamos ahora sí valientes en aceptarla, en defenderlo y en dar testimonio de Él.

Que la Virgen nos bendiga.